

EL SUEÑO DEL PANARABISMO

EUROPA es hoy un continente de política fría. Tuvo sus últimos momentos cálidos durante los tiempos estelares del fascismo-nazismo, y luego algunos sobresaltos esporádicos; ciertos momentos de la «guerra fría» y el anticomunismo, algunas manifestaciones brillantes, el mayo de París de 1968. Hace por lo menos cinco años que Europa tiene el idealismo embotellado; ha ido apartando del poder a los grandes hombres del destino y se mantiene con los sonrientes, cómodos y grises burócratas que ha segregado la burguesía triunfante. Quizá no sea todo bueno en esta política, aunque es menos peligrosa que la otra, que la enfática y exaltante. Lo peor que tiene es que no está instalada —ni mucho menos— como consecuencia de una sociedad perfecta, sino de muchas decepciones, de algunas resignaciones y de la falta de salidas visibles. Incluso el progreso vegetativo —el de la ciencia y de la técnica— aparece ahora impregnado de un terror tranquilo. Por eso, algunos acontecimientos extraeuropeos aparecen como de otros tiempos. Así la travesía del desierto —aunque junto a la costa— de esta fantástica caravana de libios —quizá cuarenta mil— que han recorrido en automóviles y en toda clase de vehículos de motor los miles de kilómetros que van desde Trípoli a Egipto, han derribado las fronteras y han incendiado los ficheros de la policía egipcia y han penetrado en el país hermano como una prueba de amor que erizaba los pelos de Sadat y el gobierno egipcio, aterrorizados por tal fraternidad. Llevaban un documento pidiendo la unidad de los dos países. Estaba escrito con sangre. La pasión y el énfasis no han llegado tan lejos como para forzar las barreras defensivas egipcias. La manifestación se ha vuelto atrás y ha llegado a tiempo a Trípoli y Benghazi para suplicar al jefe de la revolución libia, Ghadafi —le llaman «La espada del Islam»—, que retirase su dimisión. Ghadafi está gobernando a base de dimisiones, que inspiran un considerable miedo: parece el hombre indispensable, la barrera contra una posible anarquía o una guerra de taifas, o la sucesión por unos políticos tenidos como menores o como ineptos. Esta es la tercera dimisión de Ghadafi y, como de costumbre, no le ha sido aceptada. La razón no está clara. Es por una parte una dimisión que presenta como una facilidad que da a Sadat para que haga la unión Egipto-Libia; por otra, una dimisión por haber fracasado en sus intentos de unión. Y, por una tercera, es como las dos anteriores un gesto destinado a recibir la adhesión y el refrendo del pueblo en forma de manifestaciones públicas. En cierta forma, como la que planteó Nasser al final de la derrota de la guerra de los seis días, y que le valió la adhesión de las masas que lloraban por las calles de El Cairo, adhesión que le serviría para que no le

exigiesen responsabilidades los políticos y los militares y para poderlas exigir él. Porque si la política árabe es enfática y pasional, está también llena de una sabiduría y de una astucia en la que ya eran consumados maestros cuando los feudales europeos no eran ni siquiera aprendices.

GHADAFI es uno de los personajes más misteriosos de la política actual. Se ha dicho que está manejado por la CIA. Sus movimientos son contradictorios, confusos. Por una parte, aparece como el más ardiente enemigo de Israel; por otra, no termina nunca sus acciones. En momentos determinados ha actuado como al dictado de Estados Unidos y de Israel, como en el momento en que ayudó a Numeiry a sofocar el golpe de Estado del Sudán. Cuando Malta denunció el tratado de las bases militares, Ghadafi se apresuró a ofrecerle su ayuda económica para que conquistase una independencia real con respecto a la OTAN; pero la realidad es que se estaba adelantando a ofertas soviéticas. Se ha dicho (en «Al Nahar», de Beirut, uno de los periódicos más serios y mejor informados de Oriente Medio) que Ghadafi fue informado por el embajador de los Estados Unidos, en septiembre de 1971, de un complot que se preparaba contra él; los conjurados habían cometido la ingenuidad de ponerse en contacto con agentes de Estados Unidos, y el embajador le dio la lista completa de los nombres y los planes. En otro momento, Ghadafi declaró que estaba dispuesto a entregar dinero y armas a todos los grupos guerrilleros y terroristas del mundo, pero ese dinero no parece que se haya llegado a ver nunca, y se ha dicho que lo que pretendía el joven coronel era conocer los planes de acción de estos grupos.

Lo que puede pretender Ghadafi con sus apoyos exteriores, su gran dinero —el petróleo libio produce una riqueza de 2.700 millones de dólares al año para una población de dos millones de personas que tiene el país; se dice que aún podría obtener más, producir más, pero que el Consejo de la Revolución no desea excesos de dinero—, es algo más que un beneficio personal inmediato o que el simple ejercicio del poder: es un puesto en la historia. El de reunificador de la dispersa nación árabe, situada bajo el imperio del Corán. Ghadafi proclama frecuentemente que no hay ninguna verdad que esté fuera del Corán, y que éste es la fuente del socialismo árabe. Es un beduino austero, iluminado; y uno de los temores que hay en Egipto con respecto a la proyectada unión con Libia es esta introducción fanática del Corán en un país que si bien lo respeta, ha hecho y hace su revolución con una cierta tendencia modernista, una separación de la religión y el Estado, una modificación de costumbres (por ejemplo, en la llamada liberación de la mujer, tema que Ghadafi detesta: no ha admitido nunca que pueda hablarse de igualdad). La sed de dinero que tiene Egipto, eternamente pobre y desolado, no acaba de ser suficiente como para aceptar con facilidad el fanatismo islámico; y, por otra parte, muchos libios temen que la unión pudiera tragarse enteramente el dinero del petróleo. Egipto, con sus treinta y seis millones de habitantes, en gran mayoría en la miseria o en salarios inferiores al de subsistencia, devoraría fácilmente el presupuesto libio.

LOS intentos de panarabismo de Ghadafi se extendieron también hacia sus vecinos de Occidente, Marruecos y Túnez, que, con Argelia, debían formar el Gran Maghreb, que es otro fragmento del sueño islámico. No hay nada de común entre los cuatro regímenes y sus orientaciones a no ser el occidentalismo más o menos visible (también se ha asegurado que Bumedian ha estado impulsado por la CIA; su golpe de Estado no solamente quitó de en medio al revolucionario Ben Bella, sino que se produjo en el momento oportuno para evitar la reunión afroasiática de Argel, sin que el afroasiatismo haya vuelto a levantar cabeza desde entonces). Su apoyo, tan prematuro y tan irresponsable —desde el punto de vista diplomático— a las dos conjuras contra Hassan II podía también haber inducido a confusión con respecto a su revolucionarismo, si no se hubiera sabido luego que el general Ufkir había estado detrás de los movimientos, y que Ufkir fue viejo amigo de la CIA.

La proyección de Libia hacia el Este árabe se consagró el 17 de abril de 1971 con la proclamación de la Unión de Repúblicas Árabes —Egipto, Siria y Libia— y la Constitución de agosto, aprobada por referéndum en los tres países. La Constitución determinaba que el Islam



Marcha libia sobre Egipto.



Sadat recibe el documento escrito «con la sangre de las mujeres libias» que hace un llamamiento a la unión de Egipto y Libia el primero de septiembre de este año.

sería religión de Estado, la defensa estaría bajo un mando único, como la política exterior; el ejército unificado podría intervenir en caso de conflicto interior en cualquiera de los territorios incluso si el gobierno local «no se encuentra en condiciones de pedir ayuda» y se buscaría la manera de unificar y complementar las economías y las finanzas. En textos posteriores los pactantes se comprometían a «no negociar jamás con el enemigo sionista» y determinaban que El Cairo sería la capital federal, y El Sadat el jefe supremo de la Unión de Repúblicas Árabes. Aprobada la Constitución en el referéndum de septiembre, había un plazo de un año para que la Unión entrase en vigor. Sin embargo, en este tiempo se han hecho pocos progresos. Ghadafi se fue a El Cairo a mediados de junio, estuvo nada menos que dieciocho días, y cuando volvió a Libia estaba decepcionado. El influyente periodista egipcio Heykal, redactor-jefe de «Al Ahram», contaba que el 6 de julio Ghadafi le había dicho, «con la voz rota por la emoción», que había comprendido que los dirigentes egipcios no querían la Unión con Libia. Se habían estudiado al parecer tres fórmulas, bastante restrictivas con respecto a la Constitución original votada en septiembre de 1971: una a base de nuevos referéndums sobre puntos constitucionales, otra la creación inmediata de un Estado federal con un gobierno central compuesto solamente de ministros de Asuntos Exteriores, de Defensa y de Información (Ghadafi, en este punto, es siniestro: ha reducido la prensa de su país a un solo periódico de Estado y ha encarcelado a los periodistas independientes). La tercera preveía unas reuniones conjuntas para determinar la política exterior y panárabe antes de formar el gobierno unitario.

Al regresar a su país, Ghadafi puso en marcha la idea de la situación de hecho, quizá por inspiración momentánea, quizá madurada tiempo atrás, por el sistema de la fusión espontánea. (Sadat, en sus mensajes apurados, ha puesto en duda la espontaneidad de tal manifestación.) Las docenas de millares de libios debían llegar hasta Marsa Matruk, «ciudad del acuerdo», y luego hasta El Cairo; incluso hasta las pirámides, que debían ser testigos de este triunfo de la milenaria raza árabe (en realidad, los faraones, y los coptos más tarde, tenían poco que ver con los árabes, que fueron conquistadores, invasores posteriores).

Es muy posible que si la invasión de paz, amor y fraternidad no se hubiese detenido a tiempo, ante las barreras levantadas en el camino a El Cairo —con trenes, e incluso con campos de minas y alambradas, según se dice—, la unión de Libia y Egipto hubiese sido transformada en una guerra o, por lo menos, en un incidente gravísimo.

El panarabismo tendrá todavía que esperar muchos años, si llega a realizarse alguna vez. Puede decirse que está muy firmemente inscrito en las poblaciones, en las grandes masas que tienen todavía un sentido más profundo de la nacionalidad árabe y de la comunidad de lengua —a pesar de las muchas diferencias ocasionadas por siglos de separación y de influencia cultural extranjera—, de religión, de costumbres y de problemas comunes. Pero parece claro que sólo una revolución de tipo popular que se sitúe por encima de regímenes políticos impuestos, y deliberadamente divisorios, puede conseguirlo. Podría el palestinismo —la solidaridad con los hermanos palestinos, en cuanto éstos sitúan el contexto revolucionario árabe por encima de su problema nacional, y consideran éste como un intento de división y una cabeza de puente colonialista en el seno del mundo árabe— ser más aglutinante y más realista que las supuestas uniones hechas desde arriba, tras de las cuales hay intereses que unas veces se ven, otras se sospechan.

HA EMPEZADO LA GUERRA ECONOMICA

Cuando en la guerra uno desea infiltrarse poco a poco en zona enemiga, vale más utilizar abundante infantería ligera que unos cuantos carros de combate. Así ocurre con el dólar en la batalla económica actual: cuanto más desciende, más baratos son los productos americanos que compiten con nuestros propios productos, y así se corre el riesgo de que vayan infiltrándose masivamente en la fortaleza europea. Respecto a los productos americanos que necesitamos y que no compiten con los nuestros —por ejemplo, la soja, indispensable para la alimentación de nuestro ganado— es América la que no quiere vendérselos. Para asfixiar la fortaleza que están tratando de cercar.

A partir del momento en que un país nos envía agentes subversivos encargados de minar nuestra industria y nos niega las piezas de recambio indispensables para nuestra economía, ya no se trata de una simple discusión, se trata de un verdadero conflicto, de un asedio.

El dólar americano ha sido devaluado dos veces: un 8 por ciento el 20 de diciembre de 1971, y un 10 por 100 el 13 de febrero de 1973. Después de esta fecha, durante los cuatro meses últimos, el «dólar flotante» ha perdido el 15 por ciento del valor que tenía en el mercado de divisas. En total, tras dieciocho meses, la devaluación del dólar sobrepasa el 30 por 100 y aún sigue descendiendo porque parece que el gobierno americano no ha tomado medidas para detener la inflación interior y remediar el déficit de la balanza comercial.

Por otra parte, los fondos disponibles de las sociedades multinacionales son del orden de los 200.000 millones de dólares. Por razones de pura gestión, esta enorme masa de capital flotante ha sido empleada para especular contra el dólar.

— El alza de precios en Estados Unidos, mantenida por el bloqueo en 1972 en un 3 por ciento, ascenderá en un 10 por ciento más o menos durante 1973.

— La deuda exterior de Estados Unidos asciende a 80.000 millones de dólares y los haberes americanos para devolverlos son solamente 12.000 millones de dólares-oro.

— Los fondos disponibles de las sociedades multinacionales son del orden de los 200.000 millones de dólares. Por razones de pura gestión, esta enor-

me masa de capital flotante ha sido empleada para especular contra el dólar.

Para detener esta especulación, habría que poner en marcha un programa completo de reforma del sistema monetario internacional, hecho que tendría como consecuencia sacar a flote el dólar. Dicho proyecto, tratado en la última reunión de los bancos centrales en Basilea, bajo los auspicios de la Banca de Compensación Internacional, haría posible que se concediera a Estados Unidos un crédito grande y a largo plazo, con bajo interés, para que pudiera pagar sus deudas y hacer convertible el dólar. Por otra parte, saldría a flote el precio oficial del oro, 42 dólares la onza, es decir, un tercio de su precio en el mercado libre. Esto permitiría el deshiele de miles de millones de dólares que suponen las reservas de oro de los bancos centrales, paralizados porque este oro no se puede vender más que por un tercio de su valor real a causa de las obligaciones dentro del cuadro del Fondo Monetario Internacional. Dicho proyecto, inspirado por la tesis de Jacques Rueffer, cuenta con el apoyo del gobierno francés, pero éste duda en presentarlo oficialmente mientras las posibilidades de que sea aceptado en Washington y en las otras capitales sean escasas.

Por el momento, sobre todo, si el dólar se recupera provisionalmente gracias a la intervención de los bancos centrales, decidida en Basilea hace algunos días, tendrá lugar una remisión del dólar hasta la próxima crisis. Ese día habrá que cerrar, una vez más, el mercado de cambio internacional, porque el dólar que vale hoy 4 francos, bajará a 3,50 e incluso más. El oro, que vale 125 dólares la onza, subirá a 150. Entonces habrá que tomar alguna decisión.

Si se encuentra un «modus vivendi» para sacar a flote el dólar y reformar el sistema monetario internacional, la economía capitalista dispondrá de un cierto plazo y la fuerte expansión actual tendrá un segundo respiro. Pero si este acuerdo resulta imposible, cada uno se cuidará por su cuenta y defenderá sus intereses, espada en mano. Países como Francia y quizá otros del mercado común, o Japón, intentarán protegerse contra una invasión de productos americanos en sus mercados (lo cual provocará un paro en masa) alzando las barreras de aduana. Entonces será la guerra económica total... ■

JACQUES MORNAND.